

MOVIMIENTOS PIQUETEROS: tensiones de género en la definición del liderazgo

Cecilia Cross
Ada Cora Freytes Frey

El artículo examina, a partir de un estudio de casos en cuatro organizaciones, las formas de participación de las mujeres en el liderazgo de los movimientos piqueteros en Argentina. Se discuten los procesos que operan cierta reproducción de las desigualdades de género en estos movimientos, a partir de una “diferenciación de competencias” entre referentes (mayoritariamente mujeres) y dirigentes (mayoritariamente varones).

Palabras clave: movimientos sociales, liderazgo, relaciones de género, organizaciones piqueteras, espacios de mujeres.

ABSTRACT

This paper studies women's different forms of involvement in picketing movements' leadership in Argentina. Within these movements, there are two typical profiles of leadership: “neighbourhood referents” –in charge of daily social activities and social policies' administration– and “leaders” –who take strategic political decisions. Most of the latter are women, while most of the leaders are men. The paper discuss how this “division of work” in fact reproduces gender inequities within these movements. To analyse such process of reproduction, it examine movement's organisation practices and gender representations that legitimate this “division of work” in leadership. The discussion is based on empirical data from a comparative case study performed in four picketing organisations. The field work included non structured interviews to leaders and neighbourhood referents (men and women), and observation of daily activities and public demonstrations. The analysis involved comparisons among participants' different perspectives and representations, as well as comparisons among movements.

Key words: social movements, leadership, gender relationships, picketing organisations, women's spaces.

INTRODUCCIÓN

Los movimientos piqueteros, conformados a partir de fines de la década de 1990, cumplieron un rol fundamental en la gestación de la crisis del orden neoliberal en la Argentina, incidiendo –junto con otros actores– tanto en el agotamiento del gobierno menemista como en la caída del gobierno de De la Rúa –que lo sucedió y que continuó con el mismo modelo socioeconómico. Estos movimientos, en efecto, lograron nuclear y organizar a los desocupados pobres del conurbano bonaerense,¹ tarea considerada extremadamente difícil y poco probable por las propias ciencias sociales durante la década de 1990. La movilización y manifestación de los desocupados, fundamentalmente mediante los “piquetes” o cortes de ruta, logró instalar en el espacio público el debate sobre las consecuencias desastrosas que las políticas neoliberales habían tenido sobre el empleo y las condiciones de vida de millones de personas en el país.

La construcción política que realizaron estos movimientos se asentó fuertemente en el trabajo y la organización territorial. La obtención de “planes sociales” o subsidios al desempleo funcionó como objetivo aglutinante para muchos desempleados pobres, alimentando la movilización. Pero los movimientos piqueteros usaron –y usan– estos recursos para desarrollar acciones en los barrios destinadas a paliar las necesidades más urgentes de los vecinos: comedores, roperos, huertas, micro-emprendimientos productivos.

Estas actividades más ligadas a la subsistencia estuvieron acompañadas de otras, orientadas específicamente a la constitución de los movimientos como actores políticos: el funcionamiento de espacios de democracia directa para el debate y toma de decisiones y el desarrollo de ámbitos de formación política. Estos últimos espacios están orientados a formar a los participantes de acuerdo al proyecto político de cada organización, proyectos que son, desde distintas tradiciones ideológicas, fuertemente cuestionadores del esquema neoliberal y de la profundización de las desigualdades sociales que el mismo ha generado.

Por otra parte, dado el carácter crítico del orden social de estos movimientos y la masiva participación de mujeres en los mismos (llegaron a constituir 75% de sus miembros), también empezaron a organizarse en ellos espacios y actividades destinados a cuestionar las desigualdades de género. Este aspecto, que ha sido menos tratado en la investigación sobre organizaciones piqueteras, abre el interrogante acerca del efecto que estas últimas han tenido en la transformación de tales desigualdades, en un sector

¹ El conurbano bonaerense o Gran Buenos Aires está constituido por los partidos de la provincia de Buenos Aires –distrito político-administrativo más importante de la Argentina– ubicados alrededor de la capital del país, la comparativamente rica Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Algunos de estos partidos, caracterizados por la gran densidad poblacional, presentan altos índices de pobreza (del orden del 50%).

social donde los estereotipos de género están muy arraigados. El presente artículo busca aportar a esta discusión.

Dado el esquema de organización y trabajo territorial que hemos referido, uno de los conflictos centrales que atraviesa a las organizaciones piqueteras, es la tensión entre la urgencia de atender las necesidades básicas de sus participantes y la aspiración a constituirse en actores políticos de relevancia más allá de la lucha por la subsistencia.² Esta tensión se traduce en prácticas organizativas que dan lugar a dos figuras prototípicas en la conducción de los movimientos: la de los referentes –al frente de la administración y gestión cotidiana de la política social y el trabajo territorial– y la de los dirigentes o voceros –encargados de definir la orientación política y los posicionamientos estratégicos de cada organización frente a otros actores del espacio público. En la mayor parte de las organizaciones los voceros o dirigentes son generalmente varones, mientras que las referentes mujeres son mayoría.

La tesis que buscamos discutir en este artículo es que lo que aparece como una simple “diferenciación de las competencias” se traduce en una forma de reproducir las desigualdades de género al interior de los movimientos. Para dar cuenta del proceso que permite tal reproducción, analizaremos las representaciones de los participantes y las prácticas organizativas que contribuyen a consolidarlo, así como también aquellas que intentan revertirlo.

Los hallazgos presentados en este artículo surgen de un estudio comparativo realizado en cuatro organizaciones piqueteras. Con el objetivo de captar las complejidades de los procesos de organización y de construcción de sentido en estos movimientos, así como de las relaciones que se establecen entre sus miembros, realizamos un extenso trabajo de campo que incluyó entrevistas en profundidad a dirigentes y referentes barriales (tanto mujeres como varones), observación –participante y no participante– en diferentes espacios de interacción social y situaciones de acción colectiva (asambleas, piquetes y movilizaciones), y relevamiento de documentos internos.³

La lógica comparativa que guió nuestro trabajo analítico (incluso desde el momento de la delimitación del campo) nos permitió identificar dimensiones de variación⁴ en las perspectivas de los actores, que indudablemente enriquecen la comprensión de la heterogeneidad interna de estos movimientos. Asimismo, la misma permitió establecer,

² Ada Freytes Frey y Cecilia Cross, “Políticas sociales y tradiciones ideológicas en la constitución de los movimientos de trabajadores desocupados”, Séptimo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Argentina, 2005.

³ El trabajo de campo comenzó en 2004 en el marco de una investigación financiada por el Swiss National Centre for Cooperation and Research North-South y se extiende hasta el presente.

⁴ Fredrik Barth, “Metodologías comparativas na análise dos dados antropológicos”, en T. Lask (org.), *O guru, o iniciador e outras variações atropológicas*, Contra Capa, Brasil, 2000.

por un lado, aspectos comunes a las distintas organizaciones (como se advierte en el primer apartado de este artículo), que sirven para caracterizar el fenómeno piquetero, y, por el otro, diferencias entre movimientos, evitando una visión simplista y estereotipada de estas organizaciones.

Los movimientos estudiados son la Corriente Clasista y Combativa –Sector Desocupados de La Matanza (CCC), la Federación de Tierra Vivienda y Habitat de la CTA (FTV), el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) de Alte. Brown y el Movimiento de Trabajadores Desocupados –de Florencio Varela (MTD-LV).

El presente artículo consta de dos apartados. En el primero, analizaremos cómo las representaciones acerca de los roles femeninos de los participantes legitiman determinada distribución de tareas en los movimientos. No obstante, la propia dinámica cotidiana de trabajo en los mismos contribuye al cuestionamiento de tales representaciones, generando nuevas tensiones. En el segundo, discutiremos los dilemas que plantean las prácticas organizativas orientadas a mejorar las capacidades de las mujeres para la participación política, en términos de sus consecuencias para el cuestionamiento o la reproducción de las desigualdades de género en los movimientos.

REPRESENTACIONES DE GÉNERO Y DISTRIBUCIÓN DE TAREAS EN LOS MOVIMIENTOS

Una de las características de los movimientos piqueteros es su heterogeneidad, en términos tanto del origen social como de las trayectorias políticas de sus miembros.⁵ En nuestra investigación hemos encontrado que esta diversidad se expresa, entre otras cosas, en distintas representaciones en torno al rol de las mujeres y al sentido de su participación en las organizaciones. De nuestras entrevistas a las mujeres dirigentes y referentes barriales se desprenden dos modelos típicos en tal sentido, transversales a los cuatro movimientos estudiados: por un lado, el de las “mujeres de los barrios”, que pertenecen al sector social que estas organizaciones intentan representar (los desocupados pobres); por el otro lado, el de las autodenominadas “activistas feministas”, a menudo (aunque no siempre) provenientes de sectores de clase media. Estos dos modelos constituyen “tipos construidos”⁶ vale decir, son construcciones analíticas basadas en configuraciones recurrentes que hemos encontrado en la población entrevistada.⁷

⁵ Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, *Entre la ruta y el barrio*, Biblos, Argentina, 2003.

⁶ John Mc Kinney, *Tipología constructiva y teoría social*, Amorrortu, Argentina, 1968.

⁷ Más adelante veremos, no obstante, que no son configuraciones estáticas, sino que se modifican a partir de la experiencia vivida en las propias organizaciones.

En el primer caso, en sus narraciones, las mujeres ponen en el centro de la escena su rol de madre y, en segundo término, su papel de “compañera del hombre”.⁸ Ambos roles –vinculados al lugar que ellas ocupan en la familia– aparecen legitimando su participación en los movimientos.

Al principio cuando él se quedó sin trabajo yo me anoté, y él buscaba changas [...] no quería saber nada de anotarse él [se refiere a su compañero]. A mí no me daba vergüenza pedir, yo buscaba lo mejor para mis hijos porque el padre no los podía mantener [...] Y entonces tuve que salir a luchar por ellos, por mis hijos [Herminia, referente barrial, FTV, 51 años, 9 hijos, casada].

Como se ve en el testimonio de Herminia, la responsabilidad de “buscar lo mejor para sus hijos” le impide sentirse avergonzada por percibir un “plan” que aparece asociado con el hecho de “pedir”. En tanto “madre”, “anotarse” como beneficiaria de un programa social es presentado como una alternativa frente a la imposibilidad de su compañero de sostener económicamente el hogar. Herminia “lucha” por sus hijos al sumarse al movimiento.

Este tipo de testimonios, como forma de autorizar su participación en el movimiento, resulta muy habitual entre las “mujeres de los barrios”. Tanto la movilización y la lucha como el trabajo barrial que llevan adelante de manera cotidiana son vinculados al mandato de alimentar y cuidar a sus hijos. Éste adquirió nuevo significado frente al aumento del desempleo en la década de 1990, el que no sólo implicó un agravamiento de la pobreza de estas familias, sino que afectó principalmente a los varones jefes de hogar,¹⁰ sumiéndolos en la depresión ante las dificultades para asumir su tradicional papel de “proveedor”. Es en este marco que la incorporación de muchas mujeres a las organizaciones piqueteras es interpretada como la contracara de esta

⁸ Ada Freytes Frey y Karina Crivelli, “La participación de las mujeres en los movimientos piqueteros en la Argentina: alcances y límites de la resignificación de los roles femeninos” [<http://www.globaljusticecenter.org/ponencias2005.htm>], Centro para la Justicia Global, México, 2005.

⁹ El término “plan” se refiere a los subsidios destinados a los desocupados pobres –dado el escaso monto de los mismos, equivalente a 50U\$ mensuales–, con los que los sucesivos gobiernos han buscado paliar los efectos más graves del creciente desempleo en la Argentina, a partir de mediados de la década de 1990. Iniciada en 1996 como una política social focalizada, durante la crisis de 2002-2003, a partir del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados se transformó en una intervención con pretensiones universalistas, llegando a incorporar cerca de dos millones de beneficiarios en el 2003.

¹⁰ Luis Beccaria, “Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX” en VV.AA., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los '90*, Universidad de General Sarmiento, Biblos, Argentina, 2002.

situación, ya sea reemplazando, ya sea apoyando a sus maridos o compañeros en la búsqueda activa de soluciones a la crisis familiar.¹¹

Estando en la situación que soportamos, nos estaban quitando nuestros derechos, nos estaban cortando todo [...] a nuestros hijos no los podíamos sacar a pasear porque no teníamos un mango, ya lo último que nos faltaba era no tener un plato de comida en nuestras casas y que nuestros maridos se querían matar porque no conseguían trabajo, tomaban, se deprimían, se ponían violentos [...] Y nosotras ¿qué hacíamos?, ¿enfrentar a nuestros hijos diciéndoles no tengo pan?, ¿o teníamos que salir a la calle? Teníamos que salir a luchar nosotras por un plato de comida para nuestros hijos, porque ellos [sus maridos] no tenían trabajo y entonces nosotras tuvimos que salir a la calle a enfrentarnos a una realidad a la que no estábamos acostumbradas [Marisa, referente barrial, CCC, 41 años, 4 hijos, casada].

El testimonio de Marisa refleja con enorme crudeza una situación que es vivida como límite por parte de muchas mujeres. De esta forma, la participación en el movimiento en términos de “luchar por el plato de comida de los hijos” frente a la situación de desempleo de los hombres, pero también frente a la grave depresión en que éstos se encuentran sumidos, configura a una “madre luchadora” y una mujer “soporte del varón”. En este proceso, mediante el cual se valida la fortaleza de la madre y esposa, al mismo tiempo se pone en perspectiva social la propia situación familiar.

Hasta aquí hemos considerado la perspectiva de “las mujeres de los barrios”. Un segundo tipo de representaciones que fundamenta el involucramiento de mujeres en estos movimientos es el de las militantes feministas, que buscan específicamente poner en cuestión las relaciones de poder entre géneros que se establecen tanto en el hogar como en el movimiento. Las palabras de Josefina resultan ilustrativas en este sentido:

Hay muchos compañeros que no lo entienden. Digamos, a mí me parece que una vez que se entienda políticamente que la mujer tiene que cumplir otro rol dentro de los movimientos y no solamente el que estamos cumpliendo desde los barrios, vamos a estar cumpliendo con la consigna del cambio social. Porque si nosotros estamos queriendo cambiar esta sociedad, donde hay jerarquías, y bueno [...] en esa jerarquía el hombre queda en superioridad de condiciones y de todo frente a la mujer y también tenemos que trabajar esa desigualdad, esa

¹¹ Por otra parte, este papel de acompañamiento a los compañeros se hace patente en las esposas o compañeras de algunos de los dirigentes nacionales más importantes de los movimientos estudiados. Ellas mismas dirigentes de peso, con muchas responsabilidades a su cargo, a menudo dan sentido a su acción en tanto soportes y “facilitadoras” de las tareas de liderazgo y militancia de sus compañeros, véase Freytes Frey y Crivelli, “La participación...”, *op. cit.*

injusticia que es parte de este sistema que queremos cambiar [Josefina, vocera, FPDS, 40 años, separada, dos hijos].

Como puede verse en este testimonio, para estas mujeres el “cambio social” —o la “democracia real” como sostenía la participante de otro movimiento— no se puede construir sobre la “injusticia” que significa la “desigualdad” entre géneros. El cuestionamiento de las “jerarquías” no puede dejar afuera las que se establecen entre varones y mujeres. En este sentido, observamos que también en este caso, las representaciones sobre lo que significa “ser mujer” y la necesidad de desarmar los estereotipos tradicionales sobre “lo femenino” como condición para luchar contra las desigualdades motivan y legitiman la participación.

Ahora bien, un punto interesante es que estas formas de autorización de la participación dan lugar a modos particulares de intervención en los movimientos. En efecto, las “mujeres de los barrios” son las protagonistas del trabajo territorial: ya sea de llevar adelante las actividades cotidianas (comedores, merenderos, roperos comunitarios, huertas y, en menor medida, emprendimientos productivos), como de organizar y gestionar las mismas. Ellas constituyen la gran mayoría de los miembros de los movimientos, asumiendo también en muchos casos funciones de “referentes barriales” (esto es, tareas organizativas y de representación de las necesidades y demandas del barrio en instancias más generales de agregación de intereses —mesas distritales o regionales). Muy pocas de estas mujeres cumplen papeles de liderazgo a nivel distrital o nacional.¹²

Por su parte, el involucramiento de militantes feministas en las organizaciones piqueteras tiene que ver, precisamente, con la posibilidad de extender su lucha por los derechos de las mujeres a estos movimientos, trabajando por la gestación de espacios de reflexión y de discusión acerca de las problemáticas de estas últimas. En tal sentido, algunas de estas activistas asumen papeles de liderazgo. Pero aun las que desarrollan sus actividades cotidianas en los barrios lo hacen con una impronta diferente que el primer grupo: su principal objetivo es generar dispositivos para luchar contra las injusticias de género.

Sin embargo, estos dos perfiles que venimos discutiendo no son estáticos. Por el contrario, a menudo impulsados por activistas feministas, pero también liderados y

¹² No todos los movimientos tienen niveles definidos de representación “nacional”. Por ejemplo, los MTD tienen una lógica de construcción política más centrada en lo local, aunque en el FPDS existen instancias de coordinación que articulan las experiencias de diversas zonas del conurbano bonaerense y del interior del país. Sin embargo, un dato elocuente es que los dirigentes con mayor presencia mediática y reconocimiento de la opinión pública nacional son, invariablemente, hombres.

favorecidos por mujeres de los barrios, tres de los movimientos estudiados han constituido “espacios de mujeres”,¹³ destinados a discutir diversos problemas que las afectan (desde las trabas “simbólicas” a su participación política, hasta cuestiones tales como salud reproductiva, planificación familiar, violencia doméstica y de género, etcétera). Los intercambios en estos ámbitos –reforzados por la realización de talleres y cursos– contribuyeron a poner en cuestión explícitamente ciertas representaciones acerca de la participación de las mujeres en los movimientos que la presenta como “transitoria”. Así nos lo relataba una de nuestras entrevistadas:

Porque ahora nos hacemos cargo del sostén de familia y de la tarea comunitaria y de la tarea remunerada, y aún así se sigue planteando que nuestro trabajo es complementario [...] digamos que somos una ayuda, que nuestro trabajo es transitorio, que salimos a la calle porque hay esta crisis pero en cuanto se mejoren las condiciones podamos volver a nuestra tarea tradicional. Y eso no está tan puesto en cuestión: bueno, ¿cómo hacemos para que estas mujeres que sostuvieron la crisis, estas mujeres que fueron a los empleos peores, más precarios, peor pagados, se inserten en otras condiciones laborales? Porque todavía sigue fuerte esta tensión, somos una sociedad de transición aún. Creo que son muchos los cambios que se han operado en muchos sentidos favorables pero de mucho costo, para las mujeres es de mucho costo en lo personal [Elena, dirigente nacional, FTV, 41 años, sin hijos, casada].

En efecto, en el análisis de las entrevistas encontramos que esta perspectiva de “complementariedad” se encuentra muy fuerte entre los varones del movimiento. Al relevar las representaciones que los varones de las organizaciones tienen sobre los roles femeninos en estas últimas, advertimos que la imagen que predomina es la de “soporte” y apoyo a sus esposos o compañeros frente al desempleo –visión también reivindicada, como hemos visto, por muchas mujeres. El problema es que a menudo esta imagen trae consigo la idea de que todo el trabajo social y político que ellas realizan es algo momentáneo, ligado a la situación de crisis.

Uno no puede negar que el papel que tuvo la mujer en las luchas sociales y sindicales de los noventa fue muy grande. El común de los hombres cuando se quedan sin trabajo se quiebran psicológicamente, se vuelcan al alcohol, a la drogadicción, empiezan a pegarle a la mujer, a los hijos [...] En ese momento es cuando las mujeres tuvieron que salir a la calle, tomaron la lucha ella... es como que los hombres las acompañamos atrás y después las volvimos a las mujeres a

¹³ C. Cross y F. Partenio, “La construcción y significación de los espacios de mujeres dentro de las organizaciones de desocupados”, [<http://www.globaljusticecenter.org/ponencias2005.htm>], Centro para la Justicia Global, México, 2005.

su lugar. No es una cuestión machista, es que la mujer sale para luchar, después se monta el hombre en esa lucha, se hace dueño de la misma y vuelve a poner a la mujer en su lugar [Dante, referente barrial, FTV, 40 años, dos hijos, casado].

Como puede verse en la cita anterior, la importancia de la participación de las mujeres es fuertemente resaltada. Este reconocimiento, sin embargo, tiene un límite que también queda claramente señalado en el testimonio de Dante. En éste, que no es el único en su tipo, es posible ver que no necesariamente la valoración por parte de los varones del “papel que tuvo la mujer en las luchas sociales y sindicales de los noventa” debe pensarse como una señal de un cambio rotundo en sus representaciones acerca de los roles femeninos. Lo que observamos en este sentido, es que la participación política de las mujeres es imaginada por algunos de ellos como transitoria.

Es esta perspectiva la que resulta cuestionada a partir de la experiencia de organización y de lucha que las mujeres desarrollan en los movimientos. Como hemos indicado, en este cuestionamiento cumplen un papel relevante las discusiones llevadas a cabo en los “espacios de mujeres”. Pero además, la propia intervención en el trabajo comunitario, en las movilizaciones y asambleas contribuye a gestar en estas mujeres conciencia de sus propias capacidades (frente a una percibida desvalorización previa): para las tareas barriales más ligadas a la solución de problemas inmediatos, pero también para la organización y la participación política.¹⁴ En este sentido, lo político pasa a ser “asunto de estas mujeres”: lo vivido en los movimientos las convierte en mujeres que quieren y exigen participar activamente. Es decir, que se transforman en “luchadoras” sociales que descubren a la política como una dimensión ineludible en su vida.¹⁵

Muchos se creen que la mujer es para obedecer y que la política es cosa de los varones [...] Pero a nosotras no nos importa, tratamos de ir al frente y entonces nos tienen que escuchar, aunque no les guste [...] Porque te dicen que vos sos una mujer y tenés que pensar en las cosas de tu casa y no sabés nada vos de política [...] pero lo que yo aprendí acá es que cuando hablan del Fondo Monetario, también me hablan de mi casa, porque si por culpa de ellos yo no puedo comprar el pan para mis hijos, entonces se meten en mi familia, y yo me tengo que meter con ellos [Araceli, referente barrial, FTV, 35 años, 2 hijos, casada].

Luego de haber analizado, en este apartado, las distintas representaciones sobre los roles femeninos en los movimientos piqueteros, sus transformaciones y los modos

¹⁴ Ada Freytes Frey y Karina Crivelli, “La participación...”, *op. cit.*

¹⁵ Cecilia Cross (2006), “Las estructuras de movilización y las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales. El caso de una organización piquetera”, tesis de maestría en Ciencias Sociales del Trabajo, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Argentina, 2006.

de participación que ellas legitiman, en lo que sigue nos centraremos en el análisis del funcionamiento de los “espacios de mujeres”, discutiendo el carácter ambiguo de su impacto sobre las desigualdades de género en los movimientos.

EL DILEMA DE LOS ESPACIOS DE MUJERES: ENTRE EL FORTALECIMIENTO Y EL AISLAMIENTO

Como hemos adelantado, en tres de los cuatro movimientos estudiados –esto es, la FTV, la CCC y el FPDS– encontramos ámbitos exclusivamente reservados a las participantes, que se vinculan con la estructura organizativa de cada uno de los movimientos en forma diferente. A estos ámbitos los hemos llamado “espacios de mujeres”.¹⁶

En el caso de la FTV, dicho espacio es la “Secretaría de Género e Igualdad de Oportunidades” (SGIO), la cual puede pensarse como la articulación entre dos tipos de iniciativas: primero, de parte de algunos dirigentes varones, luego, de parte de las mujeres preocupadas por “el tradicional machismo sindical” y “la falta de confianza de las mujeres para hablar en una asamblea”. Esta dualidad en su origen –en tanto espacio creado a la vez –desde las mujeres– y en función de un “modelo paternalista”¹⁷ –lleva a que el principal conflicto sea la definición de su rol dentro de la Federación.

Nuestra secretaria se llama Secretaría de Género e Igualdad de Oportunidades [...] Yo siempre digo: “Compañeras, no hay quien la pueda nombrar entera” [...] Sería mucho más fácil que fuera Secretaría de la Mujer, pero no nos pudimos poner de acuerdo y perdimos [...] pero al menos la tenemos ¿no? Y en realidad la función de esta secretaria es promover los derechos de la mujer, la participación de las compañeras, capacitarlas, que estén en lugares de decisión, visibilizar que esta temática debe estar presente hacia adentro de la organización y en las políticas que la organización lleva adelante [...] Pero siempre es para las mujeres, entonces para mí se debería llamar Secretaría de la Mujer [Elena, dirigente nacional, FTV, 41 años, sin hijos, casada].

Entonces, si bien la conducción nacional acompañó su creación, esto no significa necesariamente que exista un acuerdo respecto al papel que este espacio debería desempeñar en el movimiento. En efecto, como ocurre con otras organizaciones creadas conforme al “modelo paternalista”, la SGIO se encuentra permanentemente sometida a las presiones de la dirigencia –masculina– en pos de “subordinar los derechos de la

¹⁶ Cecilia Cross y Florencia Partenio, “La construcción y...”, *op. cit.*

¹⁷ Maxine Molyneux, *Movimientos de mujeres en América Latina: estudio teórico comparado*, Cátedras Feminismos, España, 2003.

mujer a otras prioridades”.¹⁸ Las mujeres que la conforman, en cambio, intentan resistir este mandato. En este sentido, el principal obstáculo que enfrentan es el hecho de que sus preocupaciones raramente son consideradas en “las mesas” directivas, porque se las piensa como “cosa de mujeres”, como puede verse en las siguientes expresiones:

—Y nosotros tenemos el plenario de Matanza cada quince días más o menos donde se discute [...] desde lo político hasta los pequeños problemitas de los referentes [...] Ahí discutimos todo. Todo se puede plantear.

—Y lo que se habla en la Secretaría de Género, lo discuten ahí, o [...].

—No, no. Porque ahora estamos armando lo del Encuentro de Mujeres y ellos no [...] En el plenario uno puede plantear lo que quiera, que se agregue al orden del día, pero mucho de las cosas de violencia y de anticonceptivos no se habla [...] no sé, eso lo hablamos nosotras, y a veces los invitamos a todos, pero no vienen [...] Pero nosotras siempre vamos al plenario [Araceli, referente barrial, FTV, 35 años, 2 hijos, casada].

De esta forma, la problemática de la participación de las mujeres en las *mesas* se aborda separadamente en un área específicamente creada a tal fin, sin conexión con los espacios de conducción del movimiento. El riesgo evidente es que de esta forma, la SGIO termine funcionando como un mecanismo de diferimiento o encapsulamiento de las demandas y conflictos que surgen en relación con el rol de las mujeres en el movimiento. No obstante, lo que posibilita la explicitación de las demandas de las mujeres en este sentido, es justamente la existencia de la secretaría.

En la CCC, el “espacio de mujeres” es en realidad una ONG con presencia nacional, esto es “Amas de Casa del País” (ACP). En este sentido, lo que se observa es que las demandas consideradas “cosa de mujeres”, como las relacionadas con la violencia doméstica o de género, la salud sexual, etcétera, que llegan a la CCC son “derivadas” sistemáticamente a ACP. Esta “especialización funcional” es entendida por algunas mujeres como una “ventaja” porque “hacemos lo que queremos”. No obstante, los límites a esta “libertad” se ponen de manifiesto cuando existe contraposición de intereses. Se advierten entonces procesos de “jerarquización de las demandas”,¹⁹ que suponen el relegamiento a un segundo plano de las problemáticas planteadas por ACP: “primero está el hambre, porque lo de nosotras parece que siempre puede esperar”. Asimismo, el cuestionamiento a la desigualdad y a la violencia de género resulta bloqueado cuando involucra a miembros del movimiento: por ejemplo, cuando el causante de la violencia doméstica es un “compañero”, “no se lo puede denunciar”.

¹⁸ Maxine Molyneux, *Movimientos...*, *op. cit.*

¹⁹ Cecilia Cross y Florencia Partenio, “Mujeres y participación: las organizaciones piqueteras y las relaciones de género”, Segundo Congreso Nacional de Sociología UBA, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2004.

Y yo decía, no [...] armar otra cosa paralela, no [...] Mi corazoncito esta acá en la Junta Vecinal [...] A veces me decían que era traicionar armar otra cosa paralela, pero a la vez también quería porque tenía que armar un lugar específico para la problemática de la mujer, sobre todo con la violencia [...] Y a veces es una ventaja porque hacemos lo que queremos [...] porque a veces hemos logrado que un compañero deje de pegar porque sabe que estamos unidas. Porque en la Corriente en lo de la violencia les falta un poquito. Como estamos nosotras, nos tiran los paquetes para acá ¿viste? Pero igual es complicado, porque si un compañero pega no lo vamos a denunciar, pero nos caemos todas a la casa y le decimos “nosotras sabemos lo que hacés” y a veces resulta [...] Pero también te dicen que tenemos que estar unidos frente al hambre y que nosotras podemos desunir a la clase [...] No es fácil, no [Clara, dirigente ACP, 38 años, 4 hijos, casada].

Por su parte, el “Espacio de Mujeres en Lucha” (EML) del FPDS puede pensarse como el caso de un “espacio creado desde las mujeres” (Molyneux, 2003). Las particularidades de este caso resultan muy interesantes. Tanto el FPDS como el MTD-LV formaban parte de la Coordinadora Aníbal Verón. Poco tiempo antes de la ruptura de la Coordinadora se había empezado a constituir un “espacio de mujeres” a partir de la experiencia que algunas participantes habían tenido en el marco del Encuentro Nacional de Mujeres llevado a cabo en Rosario. Así nos los explicaba Josefina:

El Espacio de Mujeres en Lucha nace del Encuentro Nacional de Mujeres que se hizo en Rosario. Porque acá lo que se dio fue esto, compañeras militantes feministas, trabajadoras sociales, estudiantes, que nos invitan a participar del Encuentro Nacional. Y en el acto de apertura nos empezamos a encontrar, éramos un montón de compañeras que estábamos ahí y decíamos “no puede ser que vengamos particularmente, individualmente” [...] Y bueno, así que ahí empezó a generarse esto [...] Y bueno, empezamos a clarificar bien entre nosotras de qué manera empezamos a armar estrategias y sale esto de que tenemos que trabajar mucho la dificultad que nosotras tenemos para participar en los ámbitos más generales. O sea que hasta los barrios nosotras no tenemos ningún problema y se labura y bien, pero después no pasamos de ahí. Y cuando fuimos con la postura a la Coordinadora, ahí empezamos a encontrar un poco [...] digamos, algunos compañeros muy en contra [Josefina, vocera, FPDS, 40 años, 2 hijos, casada].

Cuando se produce la ruptura de la Coordinadora, ocurre que las organizaciones barriales a las que pertenecían las mujeres que estaban impulsando este espacio –MTD Alte. Brown, Berisso, Glew, etcétera–, constituyen el FPDS. En este ámbito continúan con su iniciativa de impulsar el EML, aunque no como “frente” –es decir, no como parte del conjunto del movimiento, sino como una actividad paralela. Esto último es vivido por algunas participantes como algo “positivo” en tanto les permite mantener su “autonomía”. En cambio, para otras constituye un problema en dos sentidos: primero,

porque da cuenta de que “los problemas de las mujeres no han podido ser incorporados por el conjunto”, luego, porque debido a su falta de reconocimiento formal, las participantes deben sumar a las actividades propias del EML, las que llevan a cabo en otros “frentes” reconocidos como tales. Otro obstáculo que presenta esta “informalidad” es la prescindencia de los demás participantes respecto a los debates que tienen lugar en ese ámbito, los cuales no constituyen aspectos “importantes” o “urgentes” frente a otros que sí lo son. Así lo manifestaba una de nuestras entrevistadas:

Estar “por afuera” a nosotras nos dificulta muchísimo porque tenemos que seguir haciendo las otras cosas que nos corresponden como voceras o referentes y eso es porque todavía la problemática de la mujer no se ve en el movimiento como un problema del conjunto [...] Porque ¿qué vemos por urgente? Sí, todo bien, yo estoy totalmente de acuerdo que a un compañero que se le cae el plan, o que no te llegue alimento es grave y es urgente. Pero también es grave cuando una compañera viene con la cara con moretones, también es urgente, pero no es fácil encontrar el tiempo para hacerlo en el interior del movimiento ese laburo [Juana, vocera, FPDS, 30 años, 3 hijos, casada].

De esta forma, observamos que más allá de sus particularidades, la creación de los espacios de mujeres es una de las prácticas en las que se explicitan las tensiones generadas en torno a la baja participación femenina en los ámbitos “políticos”. Pero estos espacios –a partir de la resistencia operada por parte de otros participantes– pueden también llevar al aislamiento de las mujeres que impulsan la revisión de los roles tradicionales en el movimiento y al “encapsulamiento” de sus demandas, a partir del establecimiento de agendas generizadas y ámbitos separados para su discusión. En este marco, dichos espacios quedarían reducidos a un rol testimonial. No obstante, el proceso de transformación de las representaciones de las mujeres respecto a sus capacidades para participar en “política”, no debe ser soslayado como forma de enfrentar estas “resistencias” a revisar las desigualdades de género en los movimientos.

No obstante estos “riesgos”, observamos que la inexistencia de estos espacios también puede llevar a que ciertas demandas ni siquiera sean formuladas o que las tensiones derivadas de la poca participación de las mujeres en los espacios de decisión “política” no sean consideradas. En efecto, al analizar lo que ocurre en el MTD-LV, que es la única organización de las cuatro que hemos estudiado en que no existe un “espacio de mujeres”, vemos que la situación de estas últimas no es demasiado diferente a la mencionada por las entrevistadas que participan en otros movimientos.

Mirá, si te digo la verdad, así organizado, organizado con las mujeres no hay nada. En los barrios se dan espacios, que sé yo, hay un barrio particular que las compañeras vienen yendo

a los Encuentros [de mujeres] [...] hace como siete años que van, se siguen juntando y siguen discutiendo, está todo bien. Ellas tienen su espacio de discusión y como muy importante. Esas cosas pasan permanentemente [...] Pero digo, no es que no existe, no existe con ese nombre, con esa fórmula, pero hay otras cosas y los espacios están y las compañeras tienen mucha confianza generalmente, los compañeros que están con responsabilidad o dirigen un barrio. Por ahí no te lo dicen en una asamblea que el marido les pega, te llaman aparte, te invitan a la casa a tomar mate, vienen al abogado [que asesora al movimiento] hay veces que se lo dicen directamente al abogado, pero eso es lógico, hay muchas cosas que tienen vergüenza [Betty, vocera, 30 años, 1 hijo, casada].

En las palabras de Betty advertimos que en el MTD-LV se repiten las mismas inquietudes observadas en las mujeres participantes de otras organizaciones piqueteras: la preocupación por la violencia doméstica, la aspiración a compartir instancias de articulación con otras mujeres.²⁰ Inclusive, en relación con la participación de las mujeres en instancias de definición de cuestiones estratégicas o de representación del movimiento frente a los medios de comunicación, las tensiones relevadas en las demás organizaciones también aparecen manifestadas. En este caso, el relegamiento de las mujeres resulta legitimado apelando a las “capacidades” de los varones, las cuales aparecen “naturalizadas” en este testimonio:

Para mí vuelvo a repetir, no es una cuestión de género [...] Yo lo había discutido un par de veces con otras compañeras de otras organizaciones, como [...] “ah, bueno, pero la cara visible siempre es un hombre” [...] Puede ser, pero digo, si vos me ponés a mí, digo, no es que yo no tenga la capacidad para hablar, pero si el compañero se desarrolla bien en su lenguaje y en su forma, y que para transmitirle a toda una sociedad, cuando te hacen un reportaje por la televisión en vivo, donde vos sabés que te están viendo miles de personas, tiene que saber cómo transmitir lo que vos estás reclamando en diferentes lugares [...] Y el compañero es el más indicado para hacerlo, no pasa porque sea hombre o mujer, digo, tiene la capacidad para hacer eso. Entonces yo prefiero esos cinco minutos de prensa que le dan al compañero y que sea lo más claro posible... [Betty, vocera, MTD-LV, 30 años, 1 hijo, casada].

Si bien en el relato de Betty esta tensión aparece minimizada, resulta evidente que las discusiones respecto a los roles femeninos y masculinos en estos movimientos se encuentran instaladas aún en aquellos casos en que no se han conformado espacios específicos para su tratamiento. Por otra parte, a partir de entrevistas realizadas con

²⁰ C. Cross y F. Partenio, “La construcción y significación de los espacios de mujeres dentro de las organizaciones de desocupados”, [<http://www.globaljusticecenter.org/ponencias2005.htm>], Centro para la Justicia Global, México, 2005.

algunos líderes varones del MTD-LV observamos que también en esta organización la tensión entre cuestiones de clase y cuestiones de género aparece como una forma de enfrentar las críticas por una distribución de tareas que relega a las mujeres de los ámbitos “políticos”:

Los varones en general están más preparados para participar de las cuestiones políticas, las mujeres tienen mayor sensibilidad y por eso son insuperables en lo reivindicativo, en dar una palabra de aliento, en cuidar a los compañeros [...] Y de eso se trata la organización popular: cada uno en los lugares donde mejor puede servir al ideal de todos. No te digo que no tengamos problemas, pero esta forma de organizarnos nos viene dando buenos resultados, creo, porque como clase estamos todos unidos por los mismos problemas, varones y mujeres [Mariano, vocero, MTD-LV, 35 años, 1 hijo, casado].

De esta forma, aún cuando no existan ámbitos específicos para su tratamiento, las relaciones entre varones y mujeres en el movimiento constituyen una fuente de tensión, en términos muy similares a lo observado en las otras organizaciones. Pero si en estas últimas se observa que el surgimiento de agendas generizadas puede llevar a un proceso de encapsulamiento de las demandas, en el MTD-LV la inexistencia de un “espacio de mujeres” hace mucho más complicada la mera expresión de estas problemáticas.

REFLEXIONES FINALES

Como señaláramos al inicio, la división entre actividades “reivindicativas” y “políticas” al interior de los movimientos piqueteros, adquiere un cariz particular cuando consideramos que aquellos participantes que se dedican a las primeras son mayoritariamente mujeres, mientras que quienes asumen las segundas son predominantemente varones. Esta constatación nos llevó a preguntarnos por las relaciones de género al interior de los movimientos piqueteros y, en particular, acerca del significado de esta “diferenciación de las competencias” en términos de la reproducción o cuestionamiento de las desigualdades de género en ellos.

En busca de dar cuenta de los procesos y sentidos en que se asienta tal “división del trabajo”, así como también de aquellos que buscan transformarla, examinamos en primer término las representaciones en torno al rol de las mujeres en estas organizaciones. Así, en la primera parte de este trabajo advertimos que los modos particulares de intervención y las tareas que las mujeres asumen en los movimientos aparecen legitimados por ciertos “sentidos de la participación” ligados a concepciones sobre qué significa “ser mujer”.

No obstante, tanto la convivencia dentro de estas organizaciones de “mujeres de los barrios” y “militantes feministas” (que sostienen distintos “sentidos de la participación”), como la propia experiencia de trabajo comunitario y lucha social conduce a la transformación de los modelos iniciales de autorización de las prácticas, generando tensiones en torno al relegamiento de las mujeres de los espacios de definición política.

En efecto, a lo largo de estas páginas hemos visto muy sucintamente que la participación política pone en cuestión para las mujeres sus propias representaciones acerca de los roles asociados a su condición de género, sobre todo al descubrir que “pueden” y “quieren” participar en instancias que están “más allá del barrio”. Así aquellas que se acercan a los movimientos como “madres” y “esposas”, dada la situación de desempleo de sus compañeros u esposos —que en un primer momento aparecen como los “proveedores” incapaces de sostenerse en este rol—, tiene lugar un proceso al cabo del cual se constituyen en “luchadoras” que reclaman participar activamente en la discusión de los aspectos “políticos” de la acción desplegada por los movimientos.

Este proceso se refleja en las prácticas organizativas de los movimientos. Si a las mujeres se las confina a la gestión de los aspectos “reivindicativos”, esta distribución de roles es puesta en cuestión a partir de que las “luchadoras” reclaman su derecho a intervenir en “política”. La preocupación por la escasa participación de las mujeres en estos ámbitos ha dado lugar en tres de las cuatro organizaciones estudiadas a la constitución de lo que hemos llamado “espacios de mujeres”. Éstos constituyen un intento de discutir los roles asignados a varones y mujeres, a partir de poner en común las dificultades que las últimas encuentran para participar en “plenarios” o “asambleas” con el fin de buscarles una solución.

Una evidencia de que las tensiones generadas en torno a los roles femeninos y masculinos en las organizaciones no son sólo “cosa de mujeres”, es que el funcionamiento de dichos espacios genera ciertas formas de resistencia por parte de otros participantes —particularmente los dirigentes varones. Entre estas formas hemos resaltado dos: la puesta en juego de la falsa dicotomía entre género y clase —que permiten un proceso de jerarquización de las demandas, que tiende a soslayar aquellas consideradas propias de las mujeres— y el establecimiento de agendas femeninas “ajenas” al resto del movimiento.

Estas dinámicas generan el riesgo de que los espacios de mujeres se conviertan en ámbitos de aislamiento y encapsulamiento de demandas que surgieron para interpelar al movimiento como un todo, y no solamente a sus participantes femeninas.

No obstante, en este trabajo ha quedado de manifiesto el carácter creativo y transformador de estos espacios, no sólo en el cuestionamiento a estereotipos de género, sino también como ámbito de expresión de problemáticas que afectan a las mujeres y de generación de estrategias para ir abordándolas paulatinamente. Efectivamente, la

dinámica de trabajo en estos ámbitos ha permitido que más allá de la preocupación inicial por la escasa participación femenina en los “espacios de conducción” o “mesas”, nuevos problemas –relacionados por ejemplo con la violencia o la salud– aparezcan como cuestiones relevantes que trascienden la experiencia privada de cada familia.

Por otra parte, la importancia de dichos espacios ha sido reforzada al analizar la experiencia del MTD-LV. Como hemos señalado, en este movimiento muchos de estos mismos dilemas y conflictos aparecen planteados, pero sin la posibilidad de ser canalizados como reconocen nuestros entrevistados, dada la inexistencia de un espacio específicamente dedicado a tal fin.

En este sentido, nuestra intención ha sido mostrar cómo –más allá de sus límites y dificultades– el proceso que se pone en marcha a partir de la participación política de estas mujeres constituye un enorme aprendizaje que las sitúa en un “camino sin retorno”²¹ que nos permite ser optimistas respecto a su creatividad en vistas al futuro. La lucha que llevan a cabo, dentro y fuera del movimiento, es la continuación de otras tantas que les han permitido llegar hasta aquí y seguramente se constituirá en un legado insoslayable para quienes las retomen en el futuro.

²¹ Karina Bidaseca, “Piqueteras: identidad, política y resistencia”, *VII Jornadas de Historia de las Mujeres, II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, Universidad de Salta, Salta.

BIBLIOGRAFÍA

- Barth, Fredrik (2000), “Metodologías comparativas na análise dos dados antropológicos”, en T. Lask (org.), *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*, Contra Capa, Río de Janeiro, Brasil.
- Beccaria, Luis (2002), “Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX”, en VV.AA., *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los '90*, Universidad de General Sarmiento, Biblos, Buenos Aires, Argentina.
- Bidaseca, Karina (2003), “Piqueteras: identidad, política y resistencia”, ponencia presentada en *VII Jornadas de Historia de las Mujeres, II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, Universidad de Salta, Salta, Argentina.
- Cross, Cecilia (2006), “Las estructuras de movilización y las oportunidades políticas en el estudio de los movimientos sociales. El caso de una organización piquetera”, tesis de maestría en Ciencias Sociales del Trabajo, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, Argentina.
- y Partenio, Florencia (2005), “La construcción y significación de los espacios de mujeres dentro de las organizaciones de desocupados”, ponencia presentada en encuentro *Mujeres y Globalización*, Centro para la Justicia Global, Guanajuato, México.
- (2004), “Mujeres y participación: las organizaciones piqueteras y las relaciones de género”, *Segundo Congreso Nacional de Sociología UBA*, Buenos Aires, Argentina.
- Freytes Frey, Ada y Crivelli, Karina (2005), “La participación de las mujeres en los movimientos piqueteros en la Argentina: alcances y límites de la resignificación de los roles femeninos”, ponencia presentada en encuentro *Mujeres y Globalización*, Centro para la Justicia Global, Guanajuato, México.
- Freytes Frey, Ada y Cross, Cecilia (2005), “Políticas sociales y tradiciones ideológicas en la constitución de los movimientos de trabajadores desocupados”, *Séptimo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, ASET, Buenos Aires, Argentina.
- McKinney, John (1968), *Tipología constructiva y teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- Molyneux, Maxine (2003), *Movimientos de mujeres en América Latina: estudio teórico comparado*, Feminismos, Cátedras, Madrid, España.
- Swampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio*, Biblos, Buenos Aires.